

## [TRACTATUS ASCETICUS.]

### ADVERTENCIA AL OPÚSCULO SIGUIENTE.

El Tratado ascético se atribuye al Beato Anselmo, arzobispo de Canterbury, más por conjetura que por fe cierta; en efecto, al encontrarme con un códice manuscrito del monasterio de San Ebrulfo, que contenía varias obras del mismo Santo Doctor, hallé insertado en él este mismo Tratado ascético. Sin embargo, el hecho de que yo afirme con duda que esta obra sea de Anselmo, me lo imponen Eadmero en su Vida, así como el cronista de Bec, quienes, al enumerar con precisión y detalle los escritos de Anselmo, no mencionan en absoluto este Tratado ascético. Además, no respira el estilo ni el genio de Anselmo. Sea o no de Anselmo, importa poco, ya que está compuesto con erudición y piedad, y es muy apto para la instrucción de la vida ascética. No obstante, creo que no debe ocultarse que este Tratado fue en gran parte tomado o recopilado por el mismo Anselmo, o por cualquier otro escritor, de las Conferencias de los Padres de Casiano, aunque no niego haber leído en Anselmo algunas cosas que se encuentran en este Tratado, especialmente en el capítulo 2, la similitud de las muelas, muy familiar a dicho Padre.

### TRATADO ASCÉTICO DE SAN ANSELMO.

#### CAPÍTULO PRIMERO. Sobre la finalidad o el fin del monje.

Todas las artes y disciplinas tienen un scopon, es decir, una finalidad, y un telos, es decir, un fin propio. Mirando hacia este fin, el diligente aspirante de cada arte soporta con ecuanimidad y gusto todos los trabajos, peligros y pérdidas. Pues el agricultor, sin evitar los ardientes rayos del sol, ni las heladas y el hielo, somete frecuentemente los indomables terrones del campo con el arado, mientras mantiene el scopon, para que, al cultivarlo, lo reduzca a polvo, confiando en que obtendrá de allí la percepción de abundantes frutos. Incluso vacía con gusto los graneros llenos de frutos y los encomienda a los surcos, no sintiendo la disminución presente por la contemplación de las cosechas futuras. Los comerciantes no temen los inciertos azares del mar, ni ningún peligro; los soldados no sienten los exilios de las peregrinaciones ni los peligros de las guerras, mientras aquellos son impulsados por la esperanza de ganancia, y estos por el honor propuesto. Así, el fin de nuestra propuesta, según el Apóstol, es la vida eterna, como él mismo proclama: Teniendo vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna (Rom. VI, 22). El scopos es la pureza del corazón, que no sin razón llamó santificación, sin la cual no se puede alcanzar el fin mencionado. Como si dijera con otras palabras: Teniendo vuestro scopon en la pureza del corazón, y el fin, es decir, el telos, la vida eterna. Por tanto, todo lo que pueda dirigirnos hacia este scopon, es decir, la pureza del corazón, debe ser seguido con toda virtud. Por esto hacemos y soportamos todo; por esto se desprecian los padres, la patria, las dignidades, las riquezas y todo placer, para que la pureza del corazón se mantenga perpetuamente. Propuesta esta finalidad, nuestros actos y pensamientos deben dirigirse siempre hacia su obtención, como hacia una línea cierta. Si no se mantiene constantemente ante nuestros ojos, no solo hará que todos nuestros trabajos sean variados e inestables, llevándolos a ser inútiles y sin fruto, sino que también suscitará pensamientos diversos y contrarios entre sí. Es necesario que la mente, no teniendo a dónde recurrir ni a qué adherirse principalmente, cambie cada hora y momento según la variedad de los impulsos, y se transforme continuamente en el estado que primero se le presente. De aquí proviene que algunos, despreciando las mayores riquezas de este mundo, después los vemos agitarse por un lápiz o una aguja, reteniendo el afecto original en cosas mínimas. Si mantuvieran firmemente en el corazón el desprecio del mundo, nunca admitirían por cosas pequeñas lo que, para no incurrir en grandes riquezas, prefirieron rechazar por completo.

Por tanto, nuestro principal esfuerzo debe ser que la mente se adhiera siempre a las cosas divinas y a Dios, considerando como fornicación incluso un momentáneo alejamiento de la contemplación de Cristo. Todo consiste en el alejamiento del alma; de donde, expulsado el diablo, y no reinando ya en ella los vicios, se establece consecuentemente el reino de Dios en nosotros, como dice el evangelista: El reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. XVII, 22). Dentro de nosotros no puede haber otra cosa que el conocimiento o la ignorancia de la verdad, y la amistad de los vicios o de las virtudes, por la cual preparamos el reino en el corazón para el diablo o para Cristo. La calidad de este reino la describe el Apóstol, diciendo: Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Rom. XIV, 17). De alguien se dice: Este mundo se alegrará (Juan XVI, 20); y: Ay de vosotros que reís, porque lloraréis (ibid.). Así que si el reino de Dios está dentro de nosotros, y el mismo reino de Dios es justicia, paz y gozo, entonces quien habita en estas cosas, sin duda está en el reino de Dios. Y al contrario, quienes se encuentran en injusticia, discordia y tristeza operada por la muerte, están constituidos en el reino del diablo, en el infierno y en la muerte; en el cual, quien esté, no puede alabar a Dios según la sentencia del Profeta que dice: No te alabarán los muertos, Señor, ni todos los que descienden al infierno (Sal. CXIII, 17), sin duda por el pecado. Pero nosotros, dice, que vivimos, no a los vicios ni a este mundo, sino a Dios, bendecimos al Señor desde ahora y para siempre. No hay en la muerte quien recuerde a Dios. ¿En el infierno quién confesará al Señor? (ibid., 66) es decir, nadie. Ninguno, aunque mil veces se profese a sí mismo cristiano o monje, cuando peca, confiesa a Dios; ni se profesa verdaderamente su siervo, aquel que con temeridad contumaz desprecia sus preceptos. El reino de los cielos debe entenderse de tres maneras: o que los cielos, es decir, los santos, reinarán sobre otros súbditos, según aquello: Sé tú sobre cinco ciudades, y tú sobre diez (Luc. XIX, 19); y aquello que se dice a los discípulos: Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28); o que los mismos cielos comiencen a ser gobernados por Cristo, cuando, sometidos todos a él, Dios comience a ser todo en todos; o ciertamente que los santos reinarán con el Señor en los cielos. Por lo tanto, estando en este cuerpo, cada uno debe saber que será asignado a aquella región o ministerio del cual se haya mostrado partícipe y cultivador en esta vida, y no dude que será también compañero en aquel siglo eterno de aquel a quien ahora haya preferido mostrarse como ministro y socio, según la sentencia del Señor que dice: Si alguno me sirve, sígame; y donde yo esté, allí estará también mi servidor (Juan XII, 26).

## CAPÍTULO II. Sobre el pensamiento.

Es imposible que la mente no sea interrumpida por pensamientos, pero recibirlos o rechazarlos es posible para todo estudiante por la gracia de Dios. Este ejercicio del corazón se compara no incongruentemente a la similitud de las muelas, que el flujo de las aguas hace girar con ímpetu. No pueden cesar de su obra, impulsadas por las aguas. Está en el poder de quien las dirige decidir si quiere moler trigo, cebada o cizaña. Lo que se muele es lo que introduce aquel a quien se ha confiado el cuidado de esa obra. Así también la mente, girada por los torrentes de tentaciones que asaltan por todas partes en la vida presente, no puede estar vacía de los flujos de pensamientos; pero qué tipo de pensamientos debe admitir o preparar, lo proveerá con la industria de su estudio. Si recurrimos continuamente a la meditación de las Sagradas Escrituras, y elevamos nuestra memoria al recuerdo de las cosas espirituales, al deseo de la perfección y a la esperanza de la bienaventuranza futura, es necesario que los pensamientos que surjan hagan que la mente permanezca en lo que hemos meditado. Pero si, vencidos por la desidia o la negligencia, nos ocupamos en vicios y conversaciones ociosas, o nos enredamos en preocupaciones mundanas y superfluas, consecuentemente, como una especie de cizaña generada, también proporcionará una

operación nociva a nuestro corazón, y según la sentencia del Señor Salvador, donde esté el tesoro de nuestras obras e intención, allí permanecerá necesariamente nuestro corazón (Mat. VI, 21).

Debemos saber sobre todo que hay tres principios de nuestros pensamientos, es decir, de Dios, del diablo y de nosotros. Son de Dios cuando la iluminación del Espíritu Santo se digna visitarnos, elevándonos a un progreso más sublime, y nos castiga con una compunción muy saludable en lo que hemos adquirido menos o hemos sido vencidos por actuar desidiosamente; o cuando nos revela los sacramentos celestiales, y convierte nuestro propósito a mejores actos y voluntad; como allí, cuando el rey Asuero, castigado por el Señor, es instigado a investigar los libros anales, recuerda los beneficios de Mardoqueo, lo exalta a un grado supremo de honor, y de inmediato revoca la sentencia más cruel sobre la muerte del pueblo judío. La serie de pensamientos nace del diablo cuando intenta subvertirnos tanto con la lucha de los vicios como con insidias ocultas, mostrando fraudulentamente males por bienes con la más sutil astucia, y transformándose en ángel de luz. O cuando el evangelista refiere: Y hecha la cena, cuando el diablo ya había puesto en el corazón de Simón Iscariote que entregara al Señor (Juan XIII, 2); y de nuevo: Después del bocado, entonces entró en él Satanás (ibid.). También Pedro a Ananías: ¿Por qué, dice, Satanás tentó tu corazón para mentir al Espíritu Santo? (Act. V, 3.) Y Salomón: Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar (Eccle. X, 4). Nacen de nosotros cuando recordamos naturalmente lo que hacemos o hemos hecho, o hemos oído; de lo cual el bienaventurado David dice: Pensé en los días antiguos, y tuve en mente los años eternos. Y medité de noche en mi corazón, y me ejercitaba y ventilaba mi espíritu (Sal. LXXVI, 6); y de nuevo: El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. XXIII, 11). Y: Los pensamientos de los justos son juicios (Prov. XII, 15). Por tanto, debemos observar constantemente esta triple razón; y discutir con sagaz discreción todos los pensamientos que surgen en nuestro corazón, investigando primero sus orígenes o causas y autores, para que podamos considerar cómo debemos comportarnos con ellos, según el mérito de aquellos que los sugieren, no sea que alguna bestia intelectual, o león, o dragón, haya dejado huellas perniciosas ocultamente, a las cuales se ofrezca acceso a otros en lo profundo de nuestro pecho por negligencia de los pensamientos. Y así, surcando la tierra de nuestro corazón con el arado evangélico, es decir, con el constante recuerdo de la cruz del Señor, podremos exterminar las guaridas de las bestias nocivas o los escondites de las serpientes venenosas. La figura de esta mente perfecta está bellamente designada por aquel centurión evangélico. Su virtud y constancia, por la cual no era desviado por pensamientos que se le presentaban, sino que, según su juicio, admitía los buenos o rechazaba sin dificultad los contrarios, está descrita con esta significación tropológica: Porque yo también soy hombre bajo autoridad, teniendo bajo mí soldados, y digo a este: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace (Mat. VIII, 9; Luc. VII, 8). Si también nosotros, luchando virilmente contra las perturbaciones y los vicios, podemos someterlos a nuestro dominio y discreción, o someter la inestable cohorte de nuestros pensamientos al imperio de la razón, seremos promovidos al orden de este centurión espiritual, que también leemos designado en el Éxodo por Moisés: Constituye para ti jefes de mil, y centuriones, y jefes de cincuenta, y decanos (Exod. XVIII, 21). Y así, también nosotros, elevados a la cima de esta dignidad, tendremos este poder de mandar, para que a las malas sugerencias les ordenemos: Id, y se irán; y a las buenas: Venid, y vendrán. También a nuestro siervo, es decir, al cuerpo, le impondremos lo que es de castidad o continencia, y sin ninguna contradicción servirá, no suscitando ya estímulos adversos de concupiscencia, sino ofreciendo todo servicio al espíritu.

¿Cuáles son las armas de este centurión, o para qué ejercicios de combate se preparan? Escucha al Apóstol predicando: Las armas de nuestra potencia no son carnales, sino poderosas en Dios (II Cor. X, 4). Con estas armas, si queremos luchar las batallas del Señor y militar entre los centuriones evangélicos, debemos estar siempre ceñidos: Tomad, dice, el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos encendidos del maligno (Ephes. VI, 16). La fe es la que, recibiendo los dardos ardentísimos de las pasiones, los mortifica con el temor del juicio futuro y la creencia en el reino celestial. Y la coraza de la caridad (ibid., 14). Ella es la que, rodeando y protegiendo las partes vitales de nuestro pecho, no permite que los dardos del diablo penetren en nuestro hombre interior. Todo lo sufre, todo lo soporta, todo lo aguanta. Y el yelmo de la esperanza de la salvación (ibid., 17). El yelmo es la protección de la cabeza. Por tanto, como Cristo es nuestra cabeza, debemos protegerla siempre con la esperanza de los bienes futuros como con un yelmo inexpugnable en todas las tentaciones y persecuciones, y principalmente guardar su fe intacta e íntegra. A otros miembros, aunque mutilados, es posible de alguna manera sobrevivir, pero sin cabeza a nadie se le concede siquiera un breve espacio de vida. Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (ibid.). Es más penetrante que toda espada de dos filos, y alcanza hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de las médulas, y es discernidor de los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebr. IV, 12); dividiendo y cortando todo lo que encuentre en nosotros de carnal y terrenal. Quien esté armado con estas armas, siempre defendido de los dardos y la devastación de los enemigos, no será llevado como cautivo y sometido a la tierra hostil de los pensamientos, atado por las cadenas de los saqueadores, ni oirá por el profeta: ¿Por qué te has envejecido en tierra ajena? (Baruch III, 11.) Sino que, como triunfador, permanecerá en la región de los pensamientos que desee. ¿Quieres reconocer la fuerza y fortaleza de este centurión, con las cuales lleva estas armas que hemos mencionado, no carnales sino poderosas en Dios? Escucha al mismo Rey reuniendo hombres fuertes para la milicia espiritual, para que los elija y los pruebe: Diga el débil: Porque soy más fuerte (Joel III, 10); y quien es paciente, sea luchador. Veis, por tanto, que no pueden luchar las batallas del Señor sino los pacientes y débiles; sin duda, con aquella debilidad en la que nuestro centurión evangélico hablaba con confianza: Porque cuando soy débil, entonces soy más fuerte (II Cor. XII, 10). Y de nuevo: La virtud se perfecciona en la debilidad (ibid., 9). De esta debilidad uno de los profetas dice: Y será, dice, que el que se debilite entre ellos, será como la casa de David. También el paciente luchará estas batallas, con aquella paciencia de la que se dice: La paciencia os es necesaria, para que haciendo la voluntad de Dios recibáis la recompensa (Hebr. X, 36).

Debemos saber sobre el pensamiento maligno que tan pronto como se revela por confesión, se marchita; y antes de que se pronuncie el juicio de la discreción, la serpiente más horrible, como si fuera sacada de una cueva oscura y subterránea por la virtud de la confesión, y de alguna manera expuesta y deshonrada, se retira. Pues las sugerencias nocivas dominan en nosotros mientras se ocultan en el corazón. Este sentido también lo leemos figurado en el Eclesiastés: Si muerde, dice, la serpiente no con silbido, no hay abundancia para el encantador, designando que la mordedura de la serpiente silenciosa es pernicioso. Es decir, si por confesión la sugestión o pensamiento diabólico no se revela a algún encantador, es decir, a un hombre espiritual que con los cánticos de las Escrituras suele curar inmediatamente la herida y extraer del corazón los venenos nocivos de la serpiente, no podrá socorrer al que está en peligro o a punto de perecer. Pues Dios no solo es el sugeridor de las cosas buenas, sino también su favorecedor e impulsor, de modo que a veces nos atrae incluso contra nuestra voluntad e ignorancia hacia la salvación. Por tanto, está claro que nadie puede ser engañado por el diablo, sino aquel que prefiere darle el consentimiento de su voluntad.

### CAPÍTULO III. Sobre la concupiscencia de la carne y del espíritu.

Andad en el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne. Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Y estas cosas se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis (Gal. V, 16). Aquí parecen nombrarse tres cosas por el Apóstol: la concupiscencia de la carne contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. La causa y razón de esta lucha entre sí parece ser que no podemos hacer lo que queremos. Por tanto, queda una cuarta causa, para que hagamos lo que no queremos. Ahora veamos cada una. La carne aquí no debemos entenderla como el hombre, es decir, la sustancia del hombre, sino sus deseos malos, así como tampoco el espíritu como una cosa sustancial, sino los buenos y espirituales deseos del alma. Cuando ambos, es decir, los deseos de la carne y del espíritu, están en un mismo hombre, se libra diariamente una guerra interna dentro de nosotros, mientras la concupiscencia de la carne, que se precipita hacia los vicios, se deleita en los placeres que pertenecen al descanso presente, se deleita en las lujurias; a lo que, por el contrario, la concupiscencia del espíritu se opone deseando adherirse totalmente a los estudios espirituales, hasta el punto de desear excluir incluso los usos necesarios de la carne. Aquella desea saciarse de sueño, llenarse de comida y abundar en todas las riquezas; este se alimenta de vigiliias y ayunos, y se gloria en la pobreza. Aquella desea brillar con baños, y ser rodeada diariamente por multitudes de aduladores; este se regocija en la suciedad de la mugre, y teme la presencia de todos los mortales. Aquella se complace en los honores y alabanzas de los hombres; este se gloria en las injurias y persecuciones que se le infligen.

Entre ambas concupiscencias del alma, la voluntad se encuentra en un punto medio algo más reprochable, sin deleitarse en los excesos de los vicios ni complacerse en los dolores de las virtudes; buscando así moderarse de las pasiones carnales, pero sin querer soportar los dolores necesarios sin los cuales no se pueden poseer los deseos del espíritu. Desea adquirir la castidad del cuerpo sin la mortificación de la carne, la pureza del corazón sin el esfuerzo de las vigiliias, poseer la gracia de la paciencia sin la exasperación de las injurias, practicar la humildad de Cristo sin la pérdida del honor mundano, seguir la simplicidad de la religión con la ambición secular, servir a Cristo con la alabanza y el favor de los hombres, proclamar la severidad de la verdad sin ofender a nadie, y finalmente, desea alcanzar los bienes futuros sin perder los presentes. Esta voluntad nunca nos haría llegar a la verdadera perfección, sino que nos colocaría en una tibieza muy desagradable, haciéndonos como aquellos que en el Apocalipsis son reprendidos por el Señor: "Conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente; ¡ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca" (Apoc. III, 15), a menos que estas guerras insurgentes rompan este estado de tibieza. Pues cuando, sirviendo a esta voluntad nuestra, queremos relajarnos poco a poco en esta indulgencia, inmediatamente surgen los aguijones de la carne, hiriéndonos con sus vicios y pasiones, no permitiéndonos permanecer en esa calidad de pureza que nos deleita, y nos arrastran por el camino frío y lleno de espinas de los placeres que tememos.

Por otro lado, si encendidos por el fervor del espíritu queremos extinguir las obras de la carne sin tener en cuenta la fragilidad humana, intentamos entregarnos completamente a los estudios desmedidos de las virtudes con la elevación del corazón: la debilidad de la carne intercede, y nos retira y retarda de esa excesiva severidad del espíritu. Y así sucede que, con ambas concupiscencias luchando entre sí en tal contienda alterna, la voluntad del alma, que no quiere entregarse completamente a los deseos carnales ni sudar en los trabajos de las virtudes, se modera con una justa medida, mientras esta contienda entre ambas excluye la voluntad más perniciosa del alma, colocando como una balanza de equidad en la balanza de nuestro cuerpo, que distingue con justo examen los confines del espíritu y de la carne, no

permitiendo que la mente encendida por el ardor del espíritu pese más a la derecha, ni que la carne con los agujones de los vicios pese más a la izquierda. Y mientras esta lucha se agita útilmente en nosotros cada día, somos llevados saludablemente a lo que no queremos, a adquirir la pureza del corazón no con ocio ni seguridad, sino con sudor constante y contrición del espíritu, y a mantener la castidad de la carne con ayunos estrictos, hambre, sed y vigilancia. Así, estaríamos completamente sin remedio tibios, como aquellos que no tienen un indicador de su negligencia ni en su cuerpo ni en sus conciencias propias de manera incesante; ni nos esforzamos por llegar al fervor de la perfección, ni siquiera mantendríamos la severidad de la frugalidad, a menos que al menos la excitación de la carne y el flujo creciente nos humillaran y reprimieran, y nos hicieran atentos y solícitos contra la purgación de los vicios espirituales. Este estado, es decir, tibio, descendiendo de la cualidad carnal, se convierte en animal, que es un grado inferior. Pues es aquel que, pasando de frío a tibio, es señalado como más detestable por la voz del Señor.

Hay tres estados del alma: el primero es carnal; el segundo, animal; el tercero, espiritual. Los cuales leemos que están designados en el Apóstol. Pues del carnal se dice así: "Os di a beber leche, no alimento sólido. Porque aún no podíais, ni aún podéis ahora. Porque todavía sois carnales" (I Cor. III, 2); y de nuevo: "Porque donde hay entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales?" (ibid.) Del animal también se menciona así: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios: porque para él son locura" (I Cor. II, 14). Del espiritual, sin embargo: "Pero el espiritual juzga todas las cosas, pero él mismo no es juzgado por nadie" (ibid.); y de nuevo: "Vosotros que sois espirituales, restaurad a los tales con espíritu de mansedumbre" (Gal. VI, 2). Por lo tanto, debemos apresurarnos a que, al renunciar, dejemos de ser carnales, es decir, comenzamos a separarnos de la conversación secular, y cesar de esa manifiesta contaminación de la carne, nos esforzamos por aprehender inmediatamente el estado espiritual, no pensando que la conversión exterior del hombre que mencionamos anteriormente nos basta para la perfección, si nos volvemos más lentos en la purificación de las demás pasiones. No sea que, encontrados en ese estado tibio que se juzga el más detestable, sepamos que seremos vomitados de la boca del Señor según su sentencia, diciendo así: "¡Ojalá fueras caliente o frío, pero porque eres tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca" (Apoc. III, 15). Y no sin razón el Señor pronuncia que aquellos que ya había recibido en las entrañas de la caridad, al enfriarse nocivamente, deben ser expulsados con una cierta convulsión de su pecho, quienes, pudiendo haber proporcionado de alguna manera una sustancia saludable a él, prefirieron ser arrancados de sus entrañas: tanto más detestables se vuelven que aquellos alimentos que nunca fueron llevados a la boca del Señor, cuanto más detestamos lo que, compelidos por la náusea, arrojamos. Pues cualquier cosa que es fría, incluso si es recibida en nuestra boca, se convierte en calor, y se percibe con una suavidad saludable; pero lo que una vez ha sido expuesto al vicio del pernicioso calor, no digo que lo acerquemos a los labios, sino que incluso mirarlo de lejos no podemos sin un gran horror. Por lo tanto, se pronuncia correctamente que es peor, porque más fácilmente un carnal, es decir, secular o gentil, se acerca a la conversión saludable y al pináculo de la perfección, que aquel que, habiéndose profesado monje, pero no tomando el camino de la perfección según la regla de la disciplina, se ha apartado una vez del fuego del fervor espiritual. Pues aquel, al menos humillado por los vicios corporales, y temiendo ese estado gélido de infidelidad en el que se encuentra, encendido por el ardor del espíritu, volará más fácilmente hacia la perfección. Pero este dice en su corazón: "Porque soy rico y no tengo necesidad de nada" (Apoc. XV, 16). A quien también se le aplicará consecuentemente lo que sigue: "Pero tú eres miserable, y desdichado, y pobre, y ciego, y desnudo" (Apoc. III, 17). Hecho incluso peor que el secular, porque no reconoce que es miserable ni ciego ni desnudo, ni digno de purificación, ni que necesita los consejos o la instrucción de alguien; no entendiendo que con el mismo nombre

de monje se ve abrumado y deprimido por la opinión de muchos, porque, mientras todos lo creen santo, y es venerado como siervo de Dios, es necesario que en el futuro sea sometido a un juicio más vehemente y a un castigo.

#### CAPÍTULO IV. De la castidad.

Hay seis grados de castidad. El primer grado es que el monje no sea derribado por la impugnación carnal mientras está despierto. El segundo, que su mente no se detenga en pensamientos voluptuosos. El tercero, que no se conmueva ni siquiera levemente a la concupiscencia por la vista de una mujer. El cuarto, que no soporte ni siquiera un simple movimiento de la carne mientras está despierto. El quinto, que cuando la memoria de la generación humana o la razón del tratado o la necesidad de la lectura lo impongan, no se apodere de su mente el más sutil consentimiento de la acción voluptuosa; sino que contemple con una mirada tranquila y pura del corazón, como si fuera una obra simple y un ministerio necesario para el género humano, y no conciba más de su recuerdo que si tratara mentalmente la operación de los costados o de cualquier otro taller. El sexto grado de castidad es que no sea engañado por fantasmas seductores de mujeres mientras duerme. Aunque no creemos que esta ilusión esté sujeta a pecado, es sin embargo un indicio de concupiscencia que aún yace profundamente oculta; hasta que poco a poco, según la medida de castidad a la que cada uno se esfuerza, la mente, incluso dormida, se vuelva en odio hacia aquello que antes sentía como voluptuoso, y se le conceda por el Señor lo que se promete a los hombres fuertes como la máxima recompensa de sus trabajos a través del profeta: "Quebraré el arco, la espada y la guerra de vuestra tierra, y os haré dormir con confianza" (Oseas II, 18). Y así finalmente llegará a ese estado en el que se encontrará tal en la noche como en el día; tal en el lecho, como en la oración; tal solo, como rodeado de multitudes de hombres. Finalmente, para que nunca en él ese ojo inevitable descubra algo que quiera estar oculto de las miradas humanas. Esto sucederá cuando la carne, cesando ya de desear contra el espíritu, consienta en sus deseos y virtudes, y comiencen a unirse entre sí con una paz firmísima, y según la sentencia del Salmista: "Habitarán los hermanos juntos en unidad" (Salmo CXXXII, 2), poseyendo esa bienaventuranza prometida por el Señor, de la cual dice: "Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en los cielos" (Mateo XVIII, 19). Cualquiera que, por lo tanto, haya superado el grado de aquel Jacob intelectual, es decir, del suplantador, al quedar asombrado el nervio del muslo por esa lucha de continencia y suplantación de los vicios, ascenderá al mérito de Israel con una dirección perpetua del corazón. Este orden también lo distinguió el bienaventurado David con la profecía del Espíritu Santo, diciendo primero: "Dios es conocido en Judá" (Salmo LXXV, 1), es decir, en el alma, que aún se retiene bajo la confesión de los pecados; pues Judá significa confesión. En Israel, es decir, en aquel que ve a Dios, o, como algunos interpretan, es el más recto de Dios, no solo es conocido, sino que también es grande su nombre. Luego, provocándonos a cosas más sublimes, y queriendo mostrar también el lugar mismo donde el Señor se deleita, dice: "Y su lugar fue hecho en paz" (ibid.). Es decir, no en el conflicto de la lucha y la contienda de los vicios, sino en la paz de la castidad, y en la tranquilidad perpetua del corazón. Si alguien merece obtener este lugar de paz por la extinción de las pasiones carnales, progresando desde allí, y hecho Sion espiritual, es decir, atalaya de Dios, será también su habitación. Pues el Señor no mora en el conflicto de la continencia, sino en la atalaya perpetua de las virtudes, donde ya no reprime, no comprime, sino que ha quebrado para siempre las potencias de los arcos; de los cuales, ciertamente, se dirigían contra nosotros las flechas encendidas de las lujurias. Veis, por lo tanto, que así como el lugar del Señor no está en la lucha de la continencia, sino en la paz de la castidad; así también su habitación está en la atalaya y contemplación de las virtudes. Por lo cual no sin razón se prefieren las puertas

de Sion a todas las moradas de Jacob. "Porque el Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob" (Salmo LXXXVI, 1).

Para que, por lo tanto, la ley del alma concuerde también con la ley corporal, incluso en el mismo consumo de agua, la excesividad debe ser castigada de tal manera que la acumulación de humedad diaria, fluyendo más lentamente en los miembros resacos, haga que el movimiento del cuerpo no solo sea rarísimo, sino también lento, y despierte una llama fría, por así decirlo, y sin el ardor de ninguna combustión, como la admirable visión de Moisés, para que la zarza de nuestra carne, rodeada de un fuego inofensivo, no se queme; o como aquellos tres jóvenes, a quienes el Espíritu rociando así dispó la llama del horno caldeo, que ni siquiera el olor del fuego tocó sus cabellos o sus orlas; para que de alguna manera comencemos a poseer ya en este cuerpo lo que se promete a los santos por el Profeta: "Cuando pases por el fuego, no te quemarás, y la llama no arderá en ti" (Salmo XLIII, 2). Indaguemos más diligentemente qué piensa el bienaventurado Apóstol sobre esta pureza de castidad. "Mortificad", dice, "vuestros miembros que están sobre la tierra". No ciertamente los miembros de nuestro cuerpo, sino el cuerpo del pecado, que consta de miembros, desea que sea destruido cuanto antes con el celo de la santidad perfecta. De este cuerpo en otro lugar: "Para que sea destruido", dice, "el cuerpo del pecado" (Rom. VI, 6). Y cuál es su destrucción lo expone consecuentemente: "Y ya", dice, "no sirvamos al pecado" (ibid.). De lo cual también pide ser liberado con lamento, diciendo: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. VII, 24). Este cuerpo del pecado, por lo tanto, se prueba que está construido con muchos miembros de vicios, y que pertenece a su porción todo lo que se peca ya sea en hecho, palabra o pensamiento: cuyos miembros se dice correctamente que están sobre la tierra. Pues no pueden aquellos que usan su ministerio profesar verazmente: "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III, 40). Describiendo, por lo tanto, en este lugar el Apóstol los miembros de este cuerpo: "Mortificad", dice, "vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, inmundicia, lujuria, mala concupiscencia y avaricia, que es idolatría" (Col. III, 5). En primer lugar, creyó que debía introducir la fornicación, que se perfecciona con la mezcla carnal. También llamó al segundo miembro inmundicia, que a veces se desliza sin el contacto de una mujer, ya sea durmiendo o despierto, por la negligencia de una mente incauta. Y por eso se nota y se prohíbe en la ley, que privó a los inmundos no solo de la participación de las carnes sagradas, sino que también, para que no contaminaran con su contacto lo santo, ordenó que fueran separados del campamento, diciendo: "El alma que coma de las carnes del sacrificio de paz que es del Señor, en la cual hay inmundicia, perecerá ante el Señor" (Lev. VII, 21). "Y todo lo que toque el inmundo, será inmundo" (Lev. XXII, 3). También en el Deuteronomio: "Si hay entre vosotros un hombre que esté contaminado por un sueño nocturno, saldrá fuera del campamento; y no volverá antes de que se lave con agua al atardecer; y después de la puesta del sol regresará al campamento" (Deut. XXIII, 10). Luego, puso como tercer miembro del pecado la lujuria, que, formándose en los recovecos del alma, puede ocurrirle a alguien incluso sin la pasión del cuerpo. Pues no hay duda de que la lujuria se llama así porque agrada. Después de esto, descendiendo de los pecados mayores a los menores, introdujo el cuarto miembro, la mala concupiscencia, que no solo puede referirse a la mencionada pasión de la impudicia, sino también a todos los deseos nocivos en general, que son solo una enfermedad de la voluntad corrupta, de la cual el Señor en el Evangelio: "El que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Mat. V, 28). Pues es mucho mayor contener el deseo de una mente resbaladiza incluso cuando se le ofrece la ocasión de una vista seductora. Con lo cual se comprueba manifiestamente que la castidad de la continencia corporal sola no puede ser suficiente para la perfección de la pureza, a menos que se le añada también la integridad de la mente. Después de todo esto, el último miembro de ese cuerpo, "y la

avaricia", dice, mostrando sin duda que no solo se debe contener el ánimo del apetito de las cosas ajenas, sino también despreciar magnánimamente las propias. Pues esto también se lee que hizo la multitud de creyentes en los Hechos de los Apóstoles, de la cual se dice: "La multitud de los que creían era de un corazón y un alma, etc., hasta que se dividían entre todos según la necesidad de cada uno" (Act. IV, 32). Y para que esta perfección no pareciera pertenecer a pocos, testificó que la avaricia es idolatría. Y no sin razón. Pues quien no comparte con las necesidades de los pobres, y con la infidelidad con que conserva su dinero, pospone los preceptos de Cristo, incurre en el crimen de idolatría, prefiriendo el amor de la materia mundana a la caridad divina.

El bienaventurado Apóstol confía tanto en que la fornicación o la inmundicia pueden ser extirpadas de nuestros miembros, que no solo pronuncia que deben ser mortificadas, sino que ni siquiera deben ser nombradas entre nosotros: "Fornicación", dice, "y toda inmundicia, o avaricia, ni siquiera se nombre entre vosotros, como conviene a los santos, ni torpeza, ni necedad, ni chabacanería que no conviene" (Efes. V, 3, 4). Que también enseña que son igualmente perniciosas, y nos excluyen de igual manera del reino de Dios, diciendo: "Pero sabed esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idolatría, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios" (ibid., 5). Y de nuevo: "No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces heredarán el reino de Dios" (I Cor. VI, 9). Debemos estar seguros de que, aunque soportemos toda la severidad de la continencia, es decir, el hambre y la sed, las vigilias y la constancia del trabajo, y el estudio incesante de la lectura, sin embargo, no podemos alcanzar la pureza perpetua de la castidad por el mérito de estos trabajos, a menos que, sudando constantemente en ellos, aprendamos por la enseñanza de la experiencia que la incorrupción se concede por la generosidad de la gracia divina. También debemos saber que cuanto más se progresa en la mansedumbre y paciencia del corazón, tanto más se progresa en la pureza del cuerpo. Por lo cual el Señor: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra" (Mat. V, 4). No poseeremos, por lo tanto, nuestra tierra de otra manera, es decir, no se someterá a nuestro dominio la tierra rebelde de este cuerpo, a menos que nuestra mente esté primero fundada en la mansedumbre de la paciencia, "Porque los mansos poseerán la tierra" (Salmo XXXVI, 11). Y no solo la poseerán, sino que también "se deleitarán en la abundancia de paz", que nadie en cuya carne aún se suscitan las guerras de la concupiscencia disfrutará establemente. Pues es necesario que sea atacado por las más terribles batallas de los demonios, y herido por las flechas encendidas de la lujuria, sea derribado de la posesión de su tierra, hasta que el Señor "haga cesar las guerras hasta los confines de su tierra, rompa el arco, y quiebre las armas, y queme los escudos con fuego" (Salmo XLV, 9), es decir, con aquel fuego que el Señor vino a traer sobre la tierra. Y así, cuando el Señor, rompiendo las guerras, lo haya liberado de todos los incentivos de los ardores, llegará a ese estado de pureza que, dejando de lado la confusión, que se horrorizaba de sí mismo, es decir, de su carne, mientras era atacado, comenzará a deleitarse en ella como en un tabernáculo purísimo; pues no se acercarán a él males, y el flagelo no se acercará a su tabernáculo. Esta paz, por lo tanto, hasta que merezcamos obtenerla firme y perpetua, es necesario que seamos atacados por muchas impugnaciones, y frecuentemente debemos repetir este versículo con gemidos y lágrimas: "He sido hecho miserable en todo, todo el día entraba contristado, porque mis lomos están llenos de ilusiones, y no hay salud en mi carne" (Salmo XXXVII, 8). Esto, sin embargo, hasta que, confirmado por la gracia de Dios en esa pureza que desea, merezca decir eficazmente: "Esperando, esperé al Señor, y se inclinó hacia mí" (Salmo XXXIX, 1).

CAPÍTULO V. De la ciencia espiritual.

Es imposible que un alma ocupada en distracciones mundanas, aunque sean leves, o que se dedique a la lectura con el propósito de adquirir alabanzas humanas, merezca el don de la verdadera ciencia, o se convierta en generadora de sentidos espirituales o en guardiana de las sagradas lecturas. Es una cosa tener facilidad de palabra y brillo en el discurso, y otra muy distinta penetrar en las venas y médulas de los dichos celestiales, y contemplar con el ojo purísimo del corazón los profundos y ocultos misterios. Esto no lo obtendrá de ninguna manera la doctrina humana, ni la erudición secular, sino solo la pureza de la mente mediante la iluminación del Espíritu Santo. Bienaventurados, dice el Señor, los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Por tanto, debes apresurarte, quienquiera que desees alcanzar el verdadero conocimiento de las Escrituras, a conseguir primero la humildad inquebrantable del corazón, que te lleve no a la ciencia que infla, sino a la que ilumina, mediante la consumación de la caridad. Luego, debes esforzarte en todo momento para que, expulsada toda preocupación y pensamiento terrenal, te dediques asiduamente y más bien constantemente a la lectura sagrada, hasta que la meditación continua impregne tu mente y, como en una semejanza de sí misma, la forme, haciendo de ella de algún modo un arca del testamento, teniendo en sí dos tablas de piedra, es decir, la perpetua firmeza del doble Instrumento. También la urna de oro, es decir, la memoria pura y sincera, que conserve en sí el maná escondido con perpetua tenacidad, es decir, los sentidos espirituales y la perenne y celestial dulzura de aquel pan angélico. Y también la vara de Aarón, es decir, el estandarte salvador de nuestro sumo y verdadero Pontífice Jesucristo, siempre floreciente con la inmortalidad de la memoria. Esta es la vara que, después de haber sido cortada de la raíz de Jesé, revive más vivazmente al ser mortificada. Todo esto será protegido por los dos querubines, es decir, la plenitud de la ciencia histórica y espiritual. Querubín se interpreta como multitud de ciencia, que protegerá continuamente el propiciatorio de Dios, es decir, la placidez de tu pecho, y te cubrirá de todos los ataques de las maldades espirituales. Y así, tu mente no solo será elevada al arca del divino Testamento, sino también al reino sacerdotal, absorbida de algún modo por las disciplinas espirituales mediante el afecto indisoluble de la pureza, cumplirá aquel mandato pontifical que el legislador ordena así: Y no saldrá de los santos, para no contaminar el santuario de Dios (Lev. XXI, 12), es decir, su corazón, en el cual el Señor promete habitar continuamente, diciendo: Habitaré en ellos, y caminaré entre ellos (II Cor. VI, 16). Es imposible, en efecto, que un alma impura adquiera la ciencia espiritual. Nadie vierte en un vaso fétido y corrupto un unguento noble, ni la mejor miel, ni ningún líquido precioso. Más fácilmente una vasija impregnada de horribles olores contamina la mirra más fragante, que ella misma concibe algo de la gracia de la suavidad, porque mucho más rápido se corrompen las cosas puras que se purifican las corruptas. Así, pues, el vaso de nuestro pecho, a menos que primero sea purgado de toda la más inmundada contaminación de los vicios, no merecerá recibir aquel unguento de bendición del que se dice por el Profeta: Como el unguento en la cabeza que desciende sobre la barba, la barba de Aarón; que desciende hasta el borde de su vestidura (Sal. CXXXII, 2); ni conservará impoluta aquella ciencia espiritual y las palabras de las Escrituras, que son más dulces que la miel y el panal. ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿O qué sociedad tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué convenio tiene Cristo con Belial? En el corazón bueno reposa la sabiduría.